

Repercusión en Prensa de la representación de “Quejío” durante la Bienal 2.018





El 'Quejío' del pueblo andaluz

Diario de Sevilla - ROSALÍA GÓMEZ – 16/09/2018

Al final de la función, un teatro en pie, emocionado, aplaudió la presencia y la ya débil voz de **Salvador Távora**, el fundador del desaparecido grupo La Cuadra de Sevilla; un hombre que ha llevado a Andalucía y a su lenguaje a todos los rincones del planeta. Durante los últimos y convulsos años de la **dictadura franquista**, mientras el teatro independiente se extendía por el país, ***Quejío*** supuso un giro radical hacia un teatro ritual que celebraba un drama colectivo y cotidiano. Un grupo de hombres humildes y una mujer ponían en escena su propia vida en lugar de imitarla.

En el escenario, un bidón del que salen tres parejas de cuerdas, un banco y algunos aperos de labranza (un bielgo, una guadaña, una hoz...). Eso bastó para construir un drama sin principio ni fin ni personajes. Sólo el cante doliente, una guitarra y un bailaor. Artistas que cumplieron a la perfección con su cometido dramático sin necesidad de virtuosismos, que fueron marcando el ritmo de la pieza a golpe de martinete ('pasito que doy palante / pasito que doy patrás'), de trilla, de seguiriya, de arboreá (con un cante coral), o con una petenera que la mujer entona para que la completen los hombres: 'qué más da muerto que vivo / si te tienes que callá'. No hay otras acciones que las físicas, las de tirar del bidón a fuerza de sudor; ni más relato que el de las letras que crearon Távora y el desaparecido **Alfonso Jiménez Romero**. Su lenguaje es físico, sonoro (los zapateados, el golpear de las cuerdas en el suelo, los golpes en el bidón...) e iconográfico. Una iconografía de la miseria que se engrandece en las sombras que se reflejan en el fondo del escenario gracias a los candiles. Todo está ordenado rítmicamente, poéticamente.

Quejío se estrenó en febrero de 1972, a la una de la madrugada -por aquello de la censura- en el TEI de Madrid y se mantuvo tres años por los escenarios de una decena de países. 471 funciones se hicieron. No sabemos con qué ojos la verán los jóvenes de hoy. Como una pieza arqueológica tal vez. Está claro que todo fue cambiando a partir de 1975. Incluso la Cuadra abandonó ese sudor real para adquirir más músculo, más artificio teatral, al igual que otros protagonistas del teatro flamenco, como Mario Maya, autor de *Camelamos naquerar* o *Ay, Jondo*.

Viéndolo anoche, sin embargo, con toda la nostalgia por los que no están, como el bailaor **Juan Romero**, hijo de la gran Fernanda Romero, o como **Pepe Suero**, pudimos constatar un hecho: es obvio que el mundo ha cambiado. El campesino andaluz ya no duerme en el grano mientras el mulo lo hace en su cuadra. La mujer, sin estar aún donde le corresponde, ya no mora en un rincón, pasiva, atenta sólo a calmar la sed de los hombres con el botijo o a consolarlos... También los ritmos han cambiado de manera radical. Pero a pesar de todo, de los móviles, de internet, de la bolsa y del terrorismo, el grito, el quejío y la rabia tienen la misma verdad. Podrían ser africanos tirando de una patera, o sirios en cualquier frontera... Vergüenza para los humanos 46 años después. Y eso que el teatro de los campos de refugiados aún está por llegar.

«Quejío», un grito histórico

Abc - Marta Carrasco – 16/09/2018

Salvador Távora, premio Max de Honor de las Artes Escénicas y Medalla de Andalucía, nació en el Cerro, en aquel cerro donde anidaban las águilas, cantaba el Bizco Amate, la que llamaban «la sopera» recogía a los muertos y la ciudad, Sevilla, quedaba lejos, mucho más allá del arroyo del Tamarguillo. Távora es un curioso fenómeno del teatro de este país, aún no superado por su orígenes y desarrollo posterior, que decidió, una vez que abandonó el toreo (su otra pasión), dedicarse al teatro. Pero el teatro «pequeño burgués» de la época no iba con su carácter ni con sus inquietudes, Távora quería que su teatro «oliera a Andalucía», y nació un mito, «Quejío».

El estreno de esta obra sucedió en Madrid el 15 de febrero de 1972, y su supervivencia hasta nuestros días es una «rara avis» en el mundo teatral español. A los 46 años de su estreno «Quejío» vuelve a los escenarios sevillanos dentro de la programación de la Bienal de Flamenco. En esta ocasión, en lugar de Salvador Távora, Juan Romero, Pepe Suero, Joaquín Amaya, José Domínguez y Angelines Jiménez, elenco que estrenó la obra, en el reparto están Manuel Vera «Quincalla», Florencio Gerena y Manuel Márquez de Villamanrique el cante; la guitarra de Jaime Burgos; el baile de Juan Martín, y la interpretación de Mónica de Juan.

Y la escenografía la misma que en 1972, el bidón, que Távora ha guardado estos últimos 46 años, la azada, la guadaña, los candiles, las cuerdas. Esta longeva obra, ha realizado cerca de 800 representaciones, sigue teniendo esa especie de sensación clandestina con la que fue creada.

«Quejío» consiguió en 1972 superar las inquisidoras miradas de la censura franquista que tanto temía Távora, porque simplemente los censores no entendían de flamenco y tampoco les interesaba. El espectáculo sigue vivo. Ese grito ronco, dolorido y casi agresivo con el que se denunciaba la situación de subdesarrollo de Andalucía, sigue estando ahí. Távora en esta creación incorporó los cantes y bailes de nuestra tierra al hecho teatral, frente al folklorismo que imperaba en la época.

Otro de los méritos de la obra es que se ha mantenido fiel a su esencia, para continuar removiendo conciencias a pesar de la distancia, porque para su creador, Salvador Távora, el arte sin compromiso no sirve para nada. Así, el cante es desgarrador, el baile racial, duro, casi duele, no se trata de conseguir el virtuosismo, se trata de transmitir un mensaje que se ha mantenido incólume y que quizás pueda transformarse a las nuevas demandas de la sociedad. En «Quejío» están todas las facetas de la vida de Távora, el cante y baile flamenco y el trabajo manual.

A pesar de que los espectadores del siglo XXI estamos acostumbrados a una visión mucho más narrativa tanto en el teatro como en el flamenco, la vanguardia de la propuesta se deja sentir. La interpretación es rigurosamente «tavoriana», exigiendo a los intérpretes que cumplan no sólo con su cometido, cante, baile o guitarra, sino que sean parte de la obra. Entran a oscuras por el patio de butacas y encienden los candiles en el escenario. La obra no está amplificada, carece de micrófonos para conservar toda la esencia de su origen.

Todos participan de la escena. Así los cantaores arrastran el bidón, tiran de las cuerdas o se lanzan al suelo; a Juan Martín, el bailaor, Távora le exige no sólo un zapateado intenso, sino también el desgarro de la interpretación de alguien que quiere escapar y al que se lo impiden. Todos los miembros del elenco han comprendido cual es la forma de interpretación según Távora y cumplen con esa cadencia del teatro del dramaturgo. Dividida en diez movimientos, la obra recorre palos como el martinete, cantes de trilla, arboreá, seguiriya, petenera..., todo hilado dentro de una dramaturgia que no deja un momento de respiro.

La sombra de Alfonso Jiménez Romero (autor de las letras junto con Távora), de José Monleón, estuvo presentes de manera constante en este emocionante reestreno que nos recuerda que hace 46 años alguien creía que en Andalucía había muchas cosas que cambiar, y que el flamenco también podía servir para convertir una demanda social en un hecho teatral. «Quejío» sigue siendo una referencia fundamental en el teatro de Távora y

en la incorporación del flamenco al teatro. Al final, la presencia de Salvador Távora en escena levantó al respetable de su asiento, ofreciendo al dramaturgo una gran ovación llena de respeto y cariño.

Távora enmudeció a Sevilla

El correo de Andalucía - MANUEL BOHÓRQUEZ - 16/09/2018

Al final, el público se levantó a aplaudir y observé cómo había personas con las lágrimas en la cara. Alguien gritó ¡Viva Andalucía libre! cuando salió Távora a decir unas palabras

Cuando el dramaturgo sevillano estrenó *Quejío*, en 1972, el cante había perdido ya las pelusas de lo folclórico y contábamos con artistas muy comprometidos socialmente desde lo jondo, como eran Enrique Morente, José Menese y Manuel Gerena, por citar solo a estos tres, aunque hubo muchos más. **En el baile, el granadino Mario Maya, con una obra que hizo historia, *Camelamos naquerar*. Antonio Mairena era la gran figura del cante más clásico y otros maestros como Fosforito, María Vargas, La Paquera, Lebrijano o Camarón llenaban los festivales de los pueblos** de un público que le había dado ya la espalda a los últimos espectáculos de la ópera flamenca.

Sin embargo, aún quedaban en Sevilla algunas ventas a las que algunos cantaores de aquella etapa de Vedrines y Monserrat, como el Niño de Fregenal o el Niño de Aznalcóllar, **iban cada noche con la esperanza de que algún señorito aficionado los metiera en un reservado a echar un rato para poder poner el puchero al día siguiente.** La célebre Venta Vega, en la carretera de Cádiz, cerca de Bellavista, era una de aquellas ventas, en la que, además de los cantaores citados, te podías encontrar al guitarrista Antonio Sanlúcar, al Gordito de Triana o al Niño de Arahal.

Quejío, de Távora, representó un cambio en la concepción del flamenco, sobre todo en el terreno del teatro. Curiosamente, **la obra, que alcanzó fama internacional en poco tiempo, pasó los férreos controles de la censura franquista, cuando era una clara denuncia de la opresión y la explotación en el campo andaluz.**

El cante, la guitarra y el baile unidos para llamar la atención, sin diálogos ni artificios escénicos. Cuando hace unos meses vi esta obra en el propio teatro de Távora pasé un mal rato, aunque cuando de verdad sufrí fue hoy en el Teatro Lope de Vega, hasta derramar algunas lágrimas y sentir como un nudo en la garganta porque **de niño viví esa Andalucía de Távora, la del poco pan, la esclavitud de mi abuelo y de mi madre, la de la falta de libertad y el ahogo.** Me emocionaron los cantes, el martinete, las tonadas campesinas, las seguiriyas y el taranto, la alboreá y las bulerías. Lo de menos era la calidad de esos cantes que interpretaron Manuel Vera *El Quincalla*, Florencio Gerena y Manuel Márquez de Villamanrique. **Lo que importaba era el sentimiento que transmitieron todos, sobre todo El Quincalla, quien nos dejó seguramente la mejor seguiriya que vaya a haber en esta Bienal tan sosa y fría como un témpano.**

El bailaor Juan Martín transmitió también mucho, quizá por su esfuerzo físico y la dramatización de todos sus movimientos. Increíble su manera de comunicar e interpretar. No es una obra de individualidades, sino de grupo, de unidad, musicada por el buen guitarrista sevillano Jaime Burgos. Y de calidad teatral, con una escenografía austera. El teatro no se llegó a llenar, pero hubo un público que, en general, sabía a lo que iba. No se escuchó ni un olé, ni uno solo, porque creo que enmudecieron o enmudecimos cuando se iluminó el escenario y se vieron los aperos de labranza y esas sombras que nos llevaron medio siglo atrás.

Pero **al final, el público se levantó a aplaudir y observé cómo había personas con las lágrimas en la cara. Alguien gritó *¡Viva Andalucía libre!* cuando salió Távora a decir unas palabras**, que nadie escuchó porque no funcionaba el micrófono. **En la Andalucía actual no funciona casi nada.**

NO COPIAR